

Reflexiones de Eucarística

“Tan pronto como sea posible... debemos volver a la Eucaristía con un corazón purificado, con un renovado asombro, con un mayor deseo de encontrarnos con el Señor, de estar con él, de recibirlo y de llevarlo a nuestros hermanos y hermanas con el testimonio de una vida llena de fe, de amor y de esperanza.”

- Cardinal Robert Sarah, “¡Volvamos con Alegría a la Eucaristía!”

Reflexión #1: Corazones purificados

Por medio del profeta Ezequiel, Dios promete que nuestros corazones de piedra serán transformados en corazones purificados y naturales (veamos Ezequiel 36:26). Esta promesa se cumple en Jesús, cuyo corazón perforado es un horno de moldeo de amor eucarístico derritiendo el residuo coagulado del pecado dentro de nosotros. Dios nos conoce desde el vientre de nuestra madre (veamos el Salmo 139:13). Y Dios quiere revelarnos los caminos y las posibilidades que nos conducirán a la paz, la alegría y la felicidad. Jesús es el único camino que llama a la verdad, que le duele la vida espiritual (Juan 14:6).

Al igual que los discípulos en el Camino a Emaús, partir el pan con Jesús en nuestro peregrinar enciende el Espíritu, poniendo en nuestros corazones fuego dentro de nosotros. (Lucas 24:13-35). El contacto con Jesús y las palabras que habla restauran la esperanza, la confianza y la paz despojadas por el pecado. La verdad es que Dios se deleita en nosotros, y nunca deja de amarnos. Sólo Jesús satisface. Cuando comulgamos con Jesús incluso una vez que se despierta el hambre espiritual en nosotros eso no habrá nada que nos pare ni que los mercados en línea nos ofrezcan.

Sin embargo, todavía hay momentos en los que abandonamos nuestro destino espiritual--- incluyendo las veces en que tratamos de encontrar satisfacción en la riqueza y el consuelo, en los elogios de otros, o en el inútil intento de controlar y entender todo lo que sucede en la vida. La indiferencia a la invitación de la amistad con Dios drena nuestro espíritu e ignora los deseos más profundos de nuestro propio corazón. Nuestra fe inconstante a veces disminuye la luz y la íntima compañía con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sólo el amor de Dios, codificado en la Eucaristía, nos cumplirá.

La Muerte y Resurrección de Cristo, prevista en la última cena y re-presentada cada vez que tomamos el pan y la copa en la Misa, haciendo “esto” en memoria de él, nos ofrece misericordia, el sorbo de compasión que suaviza nuestro propio y duro desprecio. Nuestra culpa y auto aversión se hilan demasiado hacia afuera y se desatan sobre los demás a través del juicio precipitado, el sarcasmo y la difamación, o simplemente ignorando a las personas que vemos cuando pasamos por la calle. Nuestra conciencia nos condena fácilmente por ser crueles, impacientes, orgullosos y posesivos. A pesar de no merecerlo, Jesús todavía anhela venir y morar “bajo nuestro techo”, refrescando y renovando nuestros corazones. El corazón manso y

humilde de Jesús (Mateo 11:29) aligera el yugo ponderado de la autoaversión que hemos tirado sobre nosotros mismos.

Se necesita honestidad, autoconocimiento y coraje para admitir el dolor de nuestra soledad. La soledad puede ser provocada, o puede ser originada sobre nosotros por la pandemia u otras experiencias de pérdida o contratiempo. La soledad no es el resultado de que Dios vuelva su rostro contra nosotros, porque Jesús siempre se dirige hacia nosotros, como lo atestigua la Eucaristía. En medio de esta situación, la conversión no puede ser un proyecto de autoayuda, sino que debe dar lugar a la gracia: el amor de Dios que invade nuestros corazones y mentes, ayudándonos a hacer las paces con nuestra propia vulnerabilidad.

Jesús nos impulsa a volver nuestros rostros para contemplarlo, el hermoso Salvador, a través de los ojos de la fe. Nos transforma para que tengamos ojos que vean, oídos que oyen la misma llamada “sígueme” que despertó a Andrés y Pedro, Mateo y María Magdalena, para mirar más allá de sí mismos y su propio pecado banal. A diferencia de los fariseos, fueron lo suficientemente sabios como para reconocer su necesidad de sanación y purificación.

El monje trapense Erasmo Leiva-Merikakis observa que “los discípulos son hechos por su propia necesidad”. La Eucaristía es el remedio hecho para las necesidades de sanación de cada persona, porque nadie puede salvarse a sí misma. ¡Y esto es una buena noticia! El mismo nombre de Jesús indica que ha venido en una misión de misericordia en nombre de su Padre celestial. El amor de este Padre pródigo lo mueve a enviarnos a su Hijo, sabiendo el precio que va a pagar.

Nos encanta dar lo mejor de nosotros mismos, porque entonces podemos disfrutar de la luz de nuestra propia excelencia. El sacrificio y entrega de Jesús en la cruz testifica que prefiere nuestra necesidad, nuestra pobreza espiritual. Su amplio apetito incluye incluso nuestra contrición por los pecados, una ofrenda de sacrificio consumida en el crisol de su ardiente amor por nosotros. San Efrén de Siria, uno de los grandes médicos orientales de la Iglesia, habla a menudo de la Eucaristía como la Medicina de la Vida. Esta es la política de salud más accesible que podemos imaginar, ya que Jesús mismo ha pagado la prima por nosotros.

◆ Preguntas de Reflexión

- *¿Cómo se ha desatado mi culpa y la falta de amor propio hacia los demás?*
- *¿Dónde encuentro a Jesús “en mi necesidad”, mi propia vulnerabilidad, buscando sanación y paz? ¿Necesito pedirle a Jesús que me ayude a desecharlo por encima de todo?*
- *¿Dónde es más necesario buscar el perdón? ¿A quién debo perdonar?*

◆ Oraciones de Intercesión

- *Por una pureza renovada en nuestra devoción eucarística, para que podamos dar verdaderamente lo mejor de nosotros mismos, arrepentirnos desde nuestro interior y reconocer nuestra necesidad de comunión con el Señor Eucarístico de la Vida, oremos...*
- *Por la reconciliación en nuestros corazones, hogares, comunidades e Iglesia, para que el bálsamo sanador del Espíritu reúna a los que alguna vez fueron separados por el juicio y el desprecio, oremos...*